

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60
 La suscripción empieza siempre en 1.º de mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente a la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. 24 reales
 Por comisionado. 26
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.
 La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

El GIL BLAS de hoy ha sufrido un percance.

Para que llegue á manos de nuestros suscritores tenemos que retirar un artículo.

PRESENTIMIENTOS.

Mi corazon de revolucionario experimenta lúgubres escarabajos.

Hace poco, mi júbilo interior me hacia prorumpir en chillonas interjecciones que llegaban al *fa* sostenido.

Hoy mi buen humor ha bajado al... 39—30: á la fria temperatura de los treses.

¿Por qué estoy triste? ¿Por qué declino como un principiante de latinidad?

Por todas partes creo ver la pálida y descarnada imagen de la muerte: *pallida mors*.

¿Soy yo pavo para temer tan próximo fin?

¿Soy yo el año 1865?

¿Soy yo el reino de Roma?

¿Soy el Banco de España?

¡Ah no! Soy mil veces peor; mi estado es mucho mas congajoso.

Soy demócrata.

¡Mi madre, mi pobre madre, la revolucion está moribunda!

Su enemigo poderoso, su invencible enemigo triunfa... con el as de espadas, el rey de oros y la sota de bastos.

El mundo vuelve al orden, y por mas que quiera yo cerrar los ojos á la evidencia, ¡es en vano! la revolucion está vencida, derrotada, aniquilada, gasificada, evaporada!

Satanás nos habia provisto gratis de una enorme dosis de insensato orgullo; nosotros, embriagados, creimos ver nuestro triunfo tan cierto como el fallo que declara protestables los billetes de la calle de Atocha, y cuando presumíamos tocar la gloria, nos hemos encontrado tocando el violon!

¡Qué falsas imágenes presentaba á nuestra torpe imaginacion el ángel de las tinieblas!

Creíamos ver el sufragio universal arraigándose en América y en Europa; creíamos que era una tendencia del siglo la elegibilidad de todos los poderes; creíamos ver corrompidos los cuerpos electorales privilegiados... creíamos que la bancarota acabaria de disolver las antiguas fuerzas...

Pero la Providencia agita su fulgurante antorcha y las visiones desaparecen.

¡Rios Rosas será presidente del Congreso!

¡La corte se ha trasladado á Madrid!

Las Cortes están si se abren si no se abren... ¡ay! y se abrirán; se abrirán... el acibarado corazon me lo dice.

Nuestra ira, nuestro furor, nuestra rabia, habian logrado que en veinte años de paz se viese el tesoro devorado por cesantías, por contratos onerosos, por dilapidaciones... ¡tarea inútil!

¿De qué nos ha servido ensoberbecer á los osados, dar coche y propiedades á nuestros enemigos mas pobres, repartir títulos á la gente mas anónima, esterilizar la fecundidad de la desamortizacion é inspirar la idea de que fuese infinito el número de empleados?

De nada.

El cielo ha visto nuestra protervidad, como dirian mas de cien diputados, y suscita para perdernos... un ministerio de union liberal. ¡Oh, brazo vengador!

Nosotros, mientras hemos estado lejos del poder, lo hemos desprestigiado todo: el castigo que llevamos es merecido.

Confiábamos en eternizar los apuros de la Hacienda, y Alonso Martinez destruye todos nuestros cálculos.

Creíamos que con el retraimiento se devorarían unos á otros nuestros adversarios, y engordan todos con un poquito de patria en el puchero.

Pensábamos destruir la familia española, y vamos á ser uno mas.

El padre Claret y el padre Cirilo existen, oran y viajan... ¿cómo ha de triunfar la revolucion?

¡Ay! Presiento graves daños para nuestro porvenir.

He leído tres periódicos y todos están de acuerdo en declarar que ya no nos queda esperanza.

Lo creo... porque lo temo.

La union liberal en el poder, desarraigará de Europa la idea de independecia, el espíritu de ciudadanía, destruirá las leyes económicas, vencerá, en una palabra, al presuntuoso siglo, y ¿quién sabe si levantará otro cuartel?

Todo es de temer de los generadores principios que le dan vida...

¿Qué será de nosotros mañana?

Mañana... bajará chafallada la pacata garrasayaza...

¡Horror!

Roberto Robert.

EL SOL DE INVIERNO.

«Para, y óyeme, ¡oh sol! yo te saludo con la mas delicada atencion.

»Eres el primer general que he visto hoy en la calle.»

Tal decia yo ayer al retirarme á casa, despues de haber presenciado el grande espectáculo de la calle de Alcalá.

Y en efecto, señores, el sol se ha portado, no sé si mal ó bien, pero ello es que se ha portado.

Verán Vds. si es liberal el Sr. de Febo.

Las tres acababan de sonar en varios relojes.

«El aura susurraba entre las flores y el bosque mansamente respondia.»

El sol en medio del cielo con las manos en los bolsillos alumbraba la escena.

De pronto... ¡tararí, tararíf...! suena una trompeta.

El público se conmueve, y aparece D. Leopoldo O'Donnell á caballo, hecho un brazo de mar.

Todo el mundo se agolpa á las aceras; los soldados tienen que decir á las *masas*:

—¡Apartarse un poco, paisano, que ya verán ustedes ar generá sin echarse encima de uno!

Y algun sargento malicioso esclama:

—¡Cuidao que esta gente tiene afision ar menisterio!

La comitiva de O'Donnell pasa. Todos los presentes estaban allí, menos el sol.

El sol dijo: ¡vuelvo! y nos dejó á oscuras.

Eso se llama tener *pesquis*. Eso se llama *sindbre-sis* política y estrupicio misterioso!

Sigamos á nuestro héroe. (Nuestro héroe es el sol, no hay que confundir los héroes.)

Embozado en una nube parda, se da un paseo por el firmamento, dispuesto á llamar á Dios de tú, si se lo encuentra al paso.

Al doblar una atmósfera, se encuentra con su Saturno.

—Ole, compadre Saturno.

—¡Ola, criatura! ¿A dónde bueno?

—No lo sé. Vengo de Madrid, y me voy á cualquier parte.

—¿Pues qué hay?

—Acaba de pasar O'Donnell á caballo por la Puerta del Sol.

—¿Le han silbado?

—¿Silbar? ¡no, hijo mio, no; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben! (1)

—¿De modo que todo fué broma?

—Todo.

—Siento haber nacido aquí, compadre, porque ahora sentiria yo la nueva emocion de ver las estrellas.

(1) Moratin. *El Café*.

—Ahí viene una.

La estrella (acercándose).—¿Saben Vds. eso?

—¿Qué?

—Que O'Donnell ha nacido conmigo.

—Lo creo.

—Y que no ha habido nada en Madrid.

—Sí, también lo sé; vengo yo de aquel país.

—Delicioso país!

—¡Divino!

Dejemos el firmamento azul y vengamos al bajo mundo.

La escena es ahora en casa de D. Leopoldo.

—Mi general, dice un pollastre que *tiene mano* con el hombre del cirio; mi general, ¿ha visto Vd. qué gran espectáculo?

—¡Oh!

—¡Qué tranquilidad!

—¡Uf!

—Verdad es que ha habido intención...

—¡Bah!

—Pero no ha habido más que eso.

—¡Je! ¡je! ¡je!

—Y vucencia sabe mucho.

—¡Ji! ¡ji! ¡ji!

—Y este es un país de mucha flema.

—¡Pues es claro, hombre, pues es claro! Si lo conoceré yo.

Ahora vamos a otra parte.

Vámonos a una tabernilla de la calle del Humilladero.

Y oigamos a dos individuos que pertenecen a la gente del bronce.

—¿Has visto algo?

—Ná.

—¿No decías que hoy iba a ser?

—¡Cá! ¿soy yo tonto? ¿Quieres que nos hubiera sucedido lo de la noche de San Daniel?

—Pues entonces, ¿por qué decías que...?

—Algo se ha de decir para matar el tiempo.

Si yo tuviera la autoridad suficiente para poderme colocar en lo más alto de las circunstancias, dirigiera mi voz al país entero, y diría, con permiso de ustedes:

—¡Pueblo español, eres un señorito!

Eusebio Blasco.

EL GRAN TEATRO.

Creo que debe de haber una comedia titulada *El Gran Teatro del Mundo*, escrita antes que Luis Bonaparte fuese emperador, Gonzalez Brabo moderado, y el padre Cirilo constitucional.

Escrita, una obra de semejante título, muchos años atrás, ha de ser defectuosa por fuerza.

Si se escribiera hoy...

Si se escribiera hoy no podía representarse; pero ¡qué elementos no hallaría el autor en la historia!

Supongamos que la acción pasara en España, donde todo pasa.

¿Le gusta a Vd. el aparato? pues podía sacarse a la escena los ejércitos del duque de Angulema liberando al rey de la tiranía de sus vasallos.

¿Está Vd. por lo tierno? Pues ahí están las románticas escenas entre Carlos IV, Fernando VII, María Luisa y el príncipe de la Paz.

¿Le gusta a Vd. el género llamado de intriga, de desenlace feliz, donde los protagonistas suelen hallar al final su acomodo, se casan y tienen una numerosa familia?

Pues se ponían en primer término los generales, brigadieres, coroneles, comandantes, capitanes, etcétera, que durante lo fuerte de la acción pelean, unos por D. Carlos y otros por Doña Isabel, y al cabo de diez años se casan en Vergara con el presupuesto, y tienen de cada contribuyente un hijo macho.

Si vamos por lo trágico, el espectador sensible podría horripilarse tres ó cuatro veces en cada acto con las calamidades de D. Sebastian, con las desdichas

del padre Claret, con las lisiaduras de la inolvidable Sor Patrocinio, y con la piedad evangélica de Merinos, Vinuesas, Vacas, Tristany, y todo el variado surtido de dulcísimos presbíteros que posee la patria historia moderna.

¿Queríamos, por ejemplo, hallar en la época contemporánea, un análogo de D. Juan de Austria?

Hecho y derecho lo tenemos en el gallardo D. Juan de Borbon, ensayador universal de tentativas políticas, y casi casi de Austria, si nó por título recibido, por percances de su vida.

Si se nos antojaba meter en la comedia a un Pánfilo de Narvaez, ¿qué más Pánfilo que Narvaez mismo en su postrer período?

Y si la historia novísima no nos ofrece para el teatro un Farinelli, un pajecillo meliflúo, un gran capitán ¿teníamos más que inventarlo? No es tan pobre la imaginación española, que no supiese dar con un tipo a quien colgar el milagro.

¡Ah, qué comedia, qué comedia nos perdemos!

¡Qué ilusión causaría, con el debido aparato escénico, el clero ocupado en la oración y la caridad, viviendo en la pobreza y el apartamiento de las cosas mundanas!

Esa y otras inverosimilitudes se salvarían con genio y buenos versos; yo respondo de ello, que he visto celebrar la prosa ruin de los discursos de la Corona.

Podría haber una escena que duraría algunos años en que la cotización de la Bolsa no llegase a 40, y el gobierno echase la culpa de ese menosprecio a sus adversarios políticos. Después sus adversarios políticos llegaren a ser gobierno y la cotización se mantuviese firme en lo mismo, en cuyo caso el gobierno nuevo echase la culpa a los que a su vez hubiesen pasado a ser adversarios del susodicho gobierno. La Corona convertiría a esos adversarios en gobierno, y la Bolsa, consecuente consigo misma, tampoco subiese. El pueblo se asomaría por mera curiosidad a ver en qué consistía ese placentero fenómeno, y en aquel momento caería sobre él una lluvia de balas, sentencias de muerte y excomuniones, que harían un final de acto muy vistoso, con todo aquel rumbo, tropel y boato que Cervantes admiraba en Luis Velez de Guevara.

El pueblo en esta comedia representaría también a la manera de coro en el teatro griego.

Todos los finales de acto deberían consistir en una exclamación ó en una frase espresiva que manifestase los afectos de que debería estar poseída la nación en general.

Según yo tengo concebido el drama, solo hay un acto en que el coro no debiese hablar, pero precisamente para producir uno de esos efectos de silencio, superiores a veces a toda elocuencia.

Es un acto en que en su presencia muchos personajes importantes creen prever grandes, formidables, terroríficos acontecimientos.

Hablan de regencia, de abdicación, de orfandad nacional posible, se vuelven todos al coro escitándolo con la voz y el gesto a que diga algo solemne, y el coro vuelve la cabeza y se tapa la boca para que no le vean soltar la risa.

Esta escena bien ensayada, me atrevo a decir que es de lo mejor del teatro.

En el primer acto, el final podría ser un grito de ¡Ah!

En el segundo, un bostezo y una cruz en la boca.

En el tercero aquella profunda máxima de los hebreos: «A tu tia.»

En el último... No sé lo que podrá decir el pueblo para terminar la comedia. ¿Lo saben Vds.?

Roberto Robert.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

El verano pasado, no sé cómo ni cuándo, formé parte de una *troupe* de viajeros que hacía el Norte, como yo, se encaminaban.

El tren se había detenido en la estación de *** y los empleados gritaban como un actor de Novedades, para participarnos que podíamos disponer de veinte minutos.

Veinte minutos, cuando se viaja a la moderna, significan veinte platos; es decir, una comida en la fonda de una estación, servida al vapor, devorada en silen-

cio, pagada al principio y digerida como Dios le dá a entender a cada uno.

Los viajeros fueron entrando en la fonda, mucho a mucho; que entrar poco a poco hubiera sido perder el tiempo y la tajada.

Entré en el comedor, y aguardé a que me sirvieran la sopa.

Los viajeros eran muchos y de diferentes aspectos. Tal había que parecía un ministro de la corona, y tal que tenía trazas de sastre que viaja para buscar géneros de invierno.

La conversación se fué animando.

Un señor muy gordo, que tenía puesta la servilleta al cuello como un párvulo, hablaba de política con sus adláteres.

—¿Y Vds. a dónde van? les preguntaba.

—Nosotros vamos a la revolución, dijo uno de ellos.

—¡Y yo! grité entonces pinchando una aceituna, figurándome que era un enemigo.

—¡Je! ¡je! ¡je! exclamó el gordinflon salpicando de sopa a una señora. La cosa no trae malicia.

—¡Demasiado! dijo la señora limpiándose.

—¿También Vd. es demagoga? pregunté entonces yo.

—No señor, soy actriz, me respondió sonriendo.

—En este país se le están viendo las orejas al lobo.

—Y el lobo aparecerá, nadie lo dude, exclamó en aquel momento un señor con conatos de merluza, en quien reconocí al amigo Posada.

En efecto, el lobo y sus orejas habían aparecido.

Yo no podía resistir al deseo de hablar; mi entusiasmo político subía de punto y mis aceitunas se estaban quedando en los huesos.

—¡Caballero! dije...

Y un señor muy guapo, embotellado en una levita incommensurable, me dijo:

—¿Qué se ofrece?

Era Caballero del Saz, que se daba por aludido.

—¡Oh caro empresario! ¿Dónde va Vd.?

—A buscar media docena de cantantes para servirselos al público.

—*Mi pare bene*, dijo un pollo que comía con guantes.

—Creo, exclamó la señora salpicada, que la política y el canto llevan el mismo camino.

—Sí, un camino de hierro; dijo Posada.

—Eso es, interrumpí; el hierro va siendo necesario, y en las fábricas de Eibar hay falta de trabajo.

—Lo que quiere decir que yo llegaré pronto al término de mi viaje, objetó uno de los que iban a la revolución conmigo.

—Precisamente.

—¡Bah, bah! En cuanto a mí, dijo Caballero, pienso dejar tontos a los madrileños.

—¿A qué no me deja Vd. a mí? exclamó Posada.

—Es verdad; ¿a qué no? digimos todos.

El empresario comprendió la broma y se dió por vencido. Sin embargo, nos aseguró que traería un cuarteto capaz de conmovér a las piedras.

Concluimos de comer, y entramos de nuevo en los wagones.

Me tocó ir al lado de un político que, a pesar de serlo, me quitó mi sitio; al lado de un médico muy famoso, de un comisionista de vinos y de una de esas muchachas que en Francia se llaman *cocottes*, y aquí se llaman de otro modo.

Fingí que dormía, y oí el siguiente diálogo.

El político.—Se lo aseguro a Vd., amigo mío; antes de cuatro meses habrá desaparecido D. Leopoldo de la escena.

El médico.—Lo dudo; D. Leopoldo está demasiado *fané* para poder continuar haciendo daño.

El político.—¿Cree Vd. que...?

El médico.—Sí señor; ojalá fuera tan cierto que se había de morir mucha gente.

El político.—Hé ahí otra noticia que me consuela; usted, por lo visto, supone que la salud pública es inmejorable...

El médico.—Y lo será por mucho tiempo. Crea usted que en ocho ó nueve meses no ha de haber en Madrid arriba de ciento ó doscientas defunciones.

El político.—Sin embargo, vea Vd. cómo está el cielo, parece una plana de *La Regeneración*.

El médico.—No importa; la atmósfera se despejará, nadie lo dude.

A todo esto, el pie de la joven andaz que estaba a



HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

—¿Cara ó cruz?

mi lado, se habia ido acercando al mio, no sé por qué ni con qué objeto. La inocencia ha sido siempre mi cualidad característica.

Mi pié derecho respondió al saludo que le hacian, y entablé animado diálogo con mi compañera de viaje.

.....
—Oh, señorita, el amor seria una gran cosa si no fuera una cosa tan pequeña.

—¡Psth! El amor es como los caseros; se les maldice, pero hay que vivir con ellos y por ellos.

—¿Y Vd. me asegura que no hay mujeres que engañan á un hombre?

—Yo lo que puedo asegurarle á Vd. es que en adelante no saldrá Vd. engañado.

—¿Pues cómo?

—Se acaba de hacer un convenio por el cual ninguna señorita podrá dejar malparado á un hombre en todo el invierno próximo.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo. Ya lo ha oido Vd. á los políticos; esto se pone muy malo, la crisis aumenta, ¿y qué ciudadano será de hoy en adelante capaz de derrochar sus fondos con una mujer bonita?

—Veremos, señora, veremos.

Salto por encima de cinco meses y vengo á caer de mi asno al pié de estas columnas.

La política continúa en el mismo estado; O'Donnell no ha caido; los jóvenes que iban á la revolucion no han llegado al fin de su viaje; el cólera ha diezmando las poblaciones, y una pícara mujer se ha divertido conmigo.

Despues de esto, ¿quién se fiará de los políticos, de los médicos y de las mujeres?

Eusebio Blasco.

QUE HUELE?

Realista ó conservador, de este ó del otro color, periódico que yo veo, su opinion y su deseo los conozco... en el olor.

Yo agarro cualquier papel, y antes de fijarme en él y saber dónde le duele, sé, por aquello á que huele, su historia sucinta y fiel.

—¿Dice usted que es imparcial y sensato y liberal un diario?—Ni por pienso; huélalo usted.—Huele á incienso. —Es claro: ministerial.

Uno acabo de coger que usted debe conocer; ¿lo ha olido usted?—No señor.
—Vaya, pues huele á alcanfor...
—Demócrata debe ser.

A pólvora, según creo huele este pequeño y feo...
—¿Es á pólvora mojada?... como si no oliera á nada, es un periódico neo.

—Gran olor de chamusquina percibo hácia la cocina...
—¿Y no corre usted? ¡Qué fiema!...
—¿Yo? Si el progreso se quema... fumaré una tagarnina.

—Allí miro en un rincón un gran papel muy doblado; ¿qué será?—Mucha atención.
—¿Huele á sangre?—Y á carbon. Pues entonces, moderado.

—Llaman; vé quien es, María.
—El mismo del otro día que viene por un papel...
—Dí que se vaya con él... ahí está: *La Dinastía*.

—Hombre y ¿qué es ello?—Uno más; pronto salir le verás si halla en la gente favor...
—Y dime, por el olor ¿también le conocerás?

—Mucho me dá que sentir no llegarlo á descubrir...
—El prospecto huele á rosa...
—A mí me huele á otra cosa que no se cómo decir.

M. del Palacio.

CABOS SUELTOS.

El Padre Cirilo, según dice *La Correspondencia*, ha estado en el Pardo, y no ha tomado allí ni un vaso de agua.

Una de dos: ó el Padre Cirilo no usa líquidos en las comidas, ó todo lo que bebió fué vino.

Esto es más claro que el agua.

En estos días en que tantos suicidios hay, llama mucho la atención que no se mate ningún ministro. La solución de esto consiste en que los ministros no se matan por nada.
Ni aun por *Desagravio*.

Uno de los días de esta semana estaba destinado por cierto amigo del gobierno á tocar muchos pitos. Pero no se tocó ni pito ni flauta.
La madera no estaba para hacer cucharas.

A las puertas del tirano.

—De parte de Don Leopoldo que cómo está Don Ramon.
—Dígale usted al señorito que estoy un poco mejor.

A las puertas del otro.

—Me ha dicho su señoría que está más tranquilo ya.
—Acércame la escopeta que me voy á suicidar.

A duo.

Esto va bueno!
¡Esto va bien!
¡Si te descuidas te doy mulé!

Parece que el censor de teatros, Sr. Serra, acaba de prohibir la *Revista de 1865*, que debía representarse en el Circo.

Es mucho Sr. Serra. Pero seamos francos: la culpa es del gobierno, que por consideraciones lamentables, sostiene en un puesto, para el cual se necesita mucho juicio, á un hombre que lo tiene muy oculto.

Con un testo muy curioso de kiries, rezos y cantos salió ya, para los santos, el *Calendario piadoso*. Aunque á mi gusto no pete, *La Esperanza* con sus tretas va sacando las pesetas al cura... ¡y viva el bonete!

El Leon Español.—Pido la palabra, ya que no puedo pedir un empleo.

GIL BLAS.—Concedida; yo soy rumboso.

El Leon.—Pues señor, desde el año 1854 acá se han desarrollado mucho los elementos revolucionarios.

GIL BLAS.—Figúrese Vd. que en ese tiempo se ha descubierto lo de las piedras, y se han desarrollado empréstitos como el de Mirés; negocios como el de los trigos averiados, y jaleos como el de San Daniel.

¿Le parece á Vd. que son estos pocos elementos revolucionarios?

El Leon (con el rabo entre piernas).—Me vuelvo á la selva,—ya que no puedo volver al presupuesto.

Se está haciendo mucho trasiego de gefes militares. ¡Ya verá Vd., ya verá Vd. qué bueno sale el vino con este trasiego!

¡Me han dicho que padeces y que lloras!

Con pena lo he sabido; no puedo ver llorar á las señoras, excepto cuando lloran por marido.

¿Qué tienes, alma mía; quién puede darte susto?

Habla, y haré por tí una *fechurita*...

—Pero tú me desprecias, ¡ay qué gusto!

El general Serrano ha sido nombrado presidente de la alta Cámara.

El elemento ardiente de la *union* se ha vestido de gala con uniforme.

Dice *La Regeneracion* que el Padre Claret no viene á bendecir la política de la *union* liberal.

¿Por qué?

Otras políticas peores he visto yo bendecidas.

El general Armero llegó á Madrid al mismo tiempo que la corte.

¿Se trata de poner un espantajo en el campo de la política?

Diálogo en la sombra.

Epaminondas.—¿Dó está mi ejérsito?

Botella.—Cesante está.

Epaminondas.—¡Arza, pilili!

Voy á mandar.

El gran cristiano.—Eh, buena pieza, que aquí estoy yo.

Epaminondas.—(Carma, chiquiyos, que me guipó.)

La escena es en el ministerio de Marina.

Un representante de la empresa de vapores Lopez:—Dígame Vd., señor ministro, ¿cuándo se nos pagarán esos cuartos?

—Veremos, hombre, veremos.

—Es que, francamente, eso se va alargando mucho; y con eso, y con que alguno de los cruceros que con motivo de la cuestión de Chile andan por esos mares nos de un susto...

—Pierda Vd. cuidado, que no será; daré órdenes para que en lo sucesivo acompañe al vapor correo una fragata de guerra.

Un marino (al paño.) Eso no tiene más que tres inconvenientes; primero, que no la hay; segundo, que un buque de vela no puede andar tanto como uno de vapor; y tercero, que de hacerlo como quiere el ministro, lo más natural es que la fragata llevara el correo.

Consecuencia:

Que el más bravo militar alguna vez desatina, y sin poderlo evitar, en él, hablar de marina es como hablar de la mar.

Dícese que el gobierno ha adoptado últimamente muchas precauciones militares.

GIL BLAS no quiere ser menos que el gobierno, y ha colocado debajo de su cama el espadín y las tijeras, con lo cual duerme todas las noches *sobre las armas*.

Para ver si las precauciones militares se observan en los cuarteles, un coronel se presentó en uno de ellos ayer á las altas horas.

—¿Quién vá? le preguntó el centinela por el ventanillo.

Abra Vd., militar; soy el médico, que viene á ver un enfermo.

—¿Un enfermo? aquí no hay ninguno; vaya Vd. á la calle del Barquillo, y pregunte por D. Leopoldo O'Donnell.

Hay quien dice que con esto de las precauciones, el mismo duque de Tetuan es el que dá á los suyos el santo y seña.

El jueves parece que el santo y seña era este:

—Pamplona, Vicálvaro y lo que salga.

La Epoca y *El Diario Español* se van á llevar mutuamente ante los tribunales. Solo encuentro un medio de avenencia en esta cuestión.

El juez (dirigiéndose al Diario Español).—¿Qué opinión es la de Vd.?

El Diario.—Soy ministerial de este ministerio, mientras dure.

El juez (dirigiéndose á La Epoca).—¿Y Vd.?

La Epoca.—Seré ministerial de este ministerio, si dura.

Los disidentes se enjugan las lágrimas con una credencial, y *tableau*.

Todavía no se sabe quién será el general que se encargue de la dirección de caballería.

Parece que los moderados trabajan con mucho empeño en favor de cierto amigo suyo.

¡Claro! á nadie le amarga un dulce.

En la visita que la reina hizo á Atocha el jueves, iban al estribo de su carruaje los generales O'Donnell y Serrano.

Y dice una copla popular:

Ninguno cante victoria aunque en *el estribo* esté, que muchos en *el estribo* se suelen quedar á pié.

Ahora salimos con que el famoso Villoslada no se llama Villoslada.

Se llama Navarro y Navarro; esto es, albarda sobre albarda.

Lo de Villoslada parece que fué un empréstito que hizo el cura que lo bautizó.

No le ha pasado lo mismo con la cara.

Ni al 500 por 100 ha podido realizar un empréstito fisiológico.

¡Verse condenado á llevarla desde que nació! Verdaderamente que es mucha desgracia.

Pensamientos de hombres célebres.

Siempre que me acuerdo de Beatriz, me dan ganas de pedir media tostada con manteca. (*Dante*).

¡Otro toro! ¡otro toro! (*El duque de Veraguas*).

¿A cómo se cotizan las multas de los periódicos? (*Rute*).

La libertad entera lleva al Saladero. (*Posada Herrera*).

Mañana será otro día. (*D. Juan Tenorio*).

Tiene mucha razón Angel Regatero al suponer que GIL BLAS no le ofende colocándole al lado de este ó el otro sugeto, como apareció en un artículo del último número.

Regatero en un Parlamento no estaría en su terreno, como él mismo conoce.

Por lo demás, GIL BLAS aprecia mucho á los hombres honrados que viven de su trabajo, sea cualquiera su profesión.

Y en este caso están los toreros como Angeliyo. ¡Basta y ole!

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.